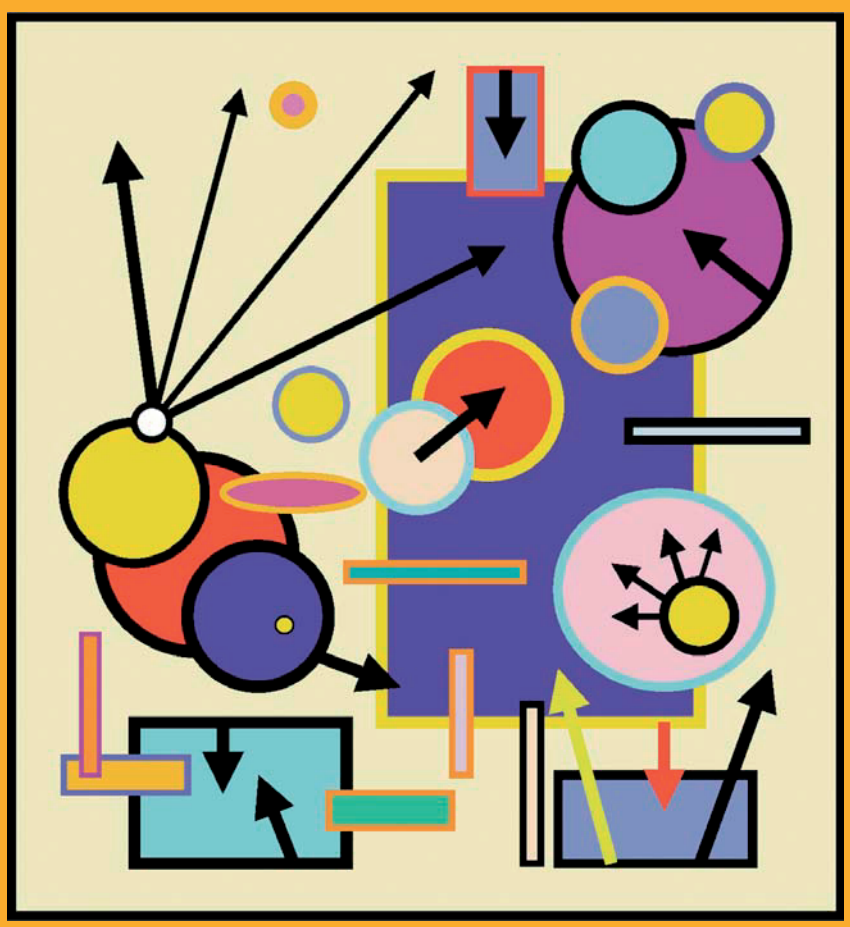
UNED ciencias sociales y jurídicas

El sistema mundial: perspectivas políticas y sociológicas.

Paloma García Picazo



El sistema mundial: perspectivas políticas y sociológicas

PALOMA GARCÍA PICAZO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

EL SISTEMA MUNDIAL: PERSPECTIVAS POLÍTICAS Y SOCIOLÓGICAS

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© *Universidad Nacional de Educación a Distancia*
Madrid 2010

www.uned.es/publicaciones

© *Paloma García Picazo*

Esta publicación ha sido evaluada por experto ajenos

a esta universidad por el método doble ciego.

Autora del dibujo de la ilustración: Paloma García Picazo, 2010

ISBN electrónico: 978-84-362-6021-2

Edición digital: noviembre de 2010

Dedicado a mis hijos.
Dedicado a mis alumnos.
Ellos son la razón de todo.
Y además, el corazón tiene razones
que a la razón no se le alcanzan.

ÍNDICE

Prefacio

Lista de figuras

PARTE I
PERSPECTIVAS SOBRE EL MUNDO: UNA MIRADA GLOBAL

Capítulo 1. **Algunas claves epistemo-metodológicas para conocer el sistema mundial**

Capítulo II. **Un sistema mundial heterogéneo y complejo: asimetrías en el tiempo, discontinuidades en el espacio**

PARTE II
REPRESENTACIONES DEL MUNDO: CONOCIMIENTO E INTERÉS

Capítulo III. **Ese objeto llamado *mundo*, ese modelo llamado *sistema***

Capítulo IV. **Entorno y entornos del sistema mundial**

Capítulo V. **Pensar el mundo, imaginar el mundo**

Capítulo VI. **Supervivencia en el sistema mundial: un mundo irreversible**

Capítulo VII. **Caos, cosmos y ecumene global: la reinvención del cosmopolitismo**

Bibliografía

PREFACIO

Ante nosotros se abre una vacante que llenarán los sucedáneos filosóficos, las cosmogonías de simbolismo nebuloso, visiones dudosas. […] Nuestro vacío, en el que se amontonan artes y religiones dispares, llama a ídolos de otras partes, ya que los nuestros están demasiado caducos como para seguir velando por nosotros. Especializados en otros cielos, no sacamos empero ningún provecho de ellos: salido de nuestras lagunas, de la ausencia de un principio de vida, nuestro saber es universalidad de superficie, dispersión que presagia la venida de un mundo unificado en lo grosero y en lo terrible.

Émile M. Cioran, *Carta sobre algunas aporías* (1956)

Como los escribas continuarán, los pocos lectores que en el mundo había van a cambiar de oficio y se pondrán también de escribas. Cada vez más los países serán de escribas y de fábricas de papel y tinta, los escribas de día y las máquinas de noche para imprimir el trabajo de los escribas. […] Los escribas trabajan sin tregua porque la humanidad respeta las vocaciones y los impresos llegan ya a orillas del mar. El presidente de la República habla por teléfono con los presidentes de las repúblicas, y propone inteligentemente precipitar al mar el sobrante de libros, lo cual se cumple al mismo tiempo en todas las costas del mundo. […] Los escribas trabajan lentamente, pero su número es tan inmenso que los impresos separan ya por completo las tierras de los lechos de los antiguos mares. En la tierra vive precariamente la raza de los escribas, condenada a extinguirse, y en el mar están las islas y los casinos, o sea los transatlánticos, donde se han refugiado los presidentes de las repúblicas y donde se celebran grandes fiestas y se cambian mensajes de isla a isla, de presidente a presidente y de capitán a capitán.

Julio Cortázar, *Fin del mundo del fin* (1962)[1]

Pre-escritura (para una conjetural pre-lectura de este libro)

Retirada en la paz de mi morada, con pocos pero doctos libros juntos, me desvivo al conversar con los vivos y difuntos que son y fueron sus autores. Atien-

---

[1] Émile M. Cioran, extracto de *La tentación de existir* en *Adiós a la filosofía y otros textos*, Madrid, Alianza, 2001, prólogo, traducción y selección de Fernando Savater, p. 81. Julio Cortázar, *Historias de Cronopios y de Famas*, Madrid, Alfaguara, 1996, pp.71-73.

do con mis ojos a estos sabios —si no siempre entendidos, siempre abiertos— que enmiendan o fecundan mis asuntos. Mientras, con músicos callados contrapuntos, despiertos hablamos sobre el sueño de la vida que, en fuga irrevocable, huye en tránsito de horas. Docta es la imprenta que da cuenta de sus obras. Y su lección en estudios me mejora. Ni «gustosa autora» es quien se aventura a parafrasear el famoso soneto de Quevedo,[2] ni tampoco, siendo ésta una condición intelectual apetecible, puede desarrollar en soledad sus estudios, pues forma parte de una sociedad que la circunda y a la que se siente obligada a dar cuenta de sus trabajos.

Muerte, negación y aniquilación (figurados) de los autores

Para empezar, como le sucede a cualquier autor después de que Barthes emitiera su veredicto, la autora de este libro está «muerta».[3] Su condición de *zombi* —cadáver animado— está decretada por la cohorte entera de los des-constructores que niegan cualquier pretensión de autoría a quien se enfrente a la tarea de idear algo y escribirlo con pretensiones de originalidad. «Nada nuevo hay bajo el sol» es su premisa, completada con la paradoja de que «cada cosa es singular», luego, irrepetible. Para esta corriente toda escritura es una re-escritura de la re-re-escritura... que se reitera al modo de los dibujos de Escher: manos que, al dibujar, se dibujan a sí mismas dibujando. Lazos que se enlazan y entrelazan formando un encaje que, con suerte, adquiere la forma ordenada de una tela de araña. ¿Tela de araña o maraña?

Entre la trama de este tejido de textualidades e intertextualidades imbricadas, ¿dónde hallar al autor original, al archipámpano originario que produjo cualquiera de los pensamientos, ideas, conceptos, teorías... que hoy circulan a través de la plétora editorial de un mundo que lee y escribe en diversos soportes, haciéndolo con profusión y confusión tan desmedidas que es materialmente imposible deslindar lo esencial de lo accesorio?

Negada así *a priori* como autora, la autora de este libro no es *nadie*. En latín el *nadie* asociado a la *nada* se dice «*nihil*», de ahí la palabra «aniquilación». Fiel a la *Odisea* y a Isak Dinesen —seudónimo masculino de Karen Blixen— la autora de

---

[2] Francisco de Quevedo y Villegas, «Retirado a la paz de estos desiertos...», compuesto durante su retiro a La Mancha, tras la caída de su protector, el Duque de Osuna (en torno a 1620).

[3] Aunque, por la lógica del silogismo, si ella lo está, también todos los que pretenden ser o pasar por autores.

este libro es *Oútis*, un término que fascinó a Kamante, el inteligente kikuyu que preguntó un día: «¿*Msabu*, qué hay en los libros?» Para responderle, Blixen le relató la aventura de Ulises que, llamándose a sí mismo *Oútis* (Οὔτις: *Nadie*), escapó de Polifemo.

> «—Me preguntas, Cíclope, mi nombre ilustre. Te lo diré y me harás el presente hospitalario que me has prometido. Mi nombre es Nadie. Mi padre y mi madre y todos mis compañeros me llaman Nadie.
>
> Así le dije, con indignado ánimo, hubo de responderme:
>
> —Me comeré a Nadie, después que a sus compañeros; a los demás antes que a él. Este será el presente hospitalario que te haré.»[4]

Escritura y transcripción

Esta *Nadie* escribe un libro que narra el pensamiento de los que son *Alguien* —aunque con diversas gradaciones— para tratar de averiguar si lo que dicen sirve para hacerse una idea de cuál es la realidad el mundo de hoy. Pacientemente ha leído lo que ha podido, que, filtrado y quintaesenciado luego en su mente —una marmita donde todo bulle—, lo ha dejado destilarse después en el teclado de un ordenador —baratito por más señas— alineando palabras y frases que se concatenan en páginas virtuales y luminosas. Lo de «luminosas» obedece a que la pantalla del ordenador tiene luz.

Para transcribir pensamientos de otros no hace falta nada más. Seguro que al hacerlo se cuela algo «propio», pero, convenientemente «empastelado», también es posible e incluso conveniente que pase inadvertido.[5] Aun así, es probable que el libro realizado por esta autora *negada* y que no es *nadie*, sea calificado de «muy personal», un eufemismo que generalmente designa lo que es rubricado como «catalogable con dificultad». Esto último depende de los parámetros de lo que se considere convencional en una sociedad y momento dados.

---

[4] Isak Dinesen, *Memorias de África*, Madrid, Alfaguara, 1994, p. 66; Hannah Arendt, «Isak Dinesen (d. i. Tania Blixen)», *Menschen in finsteren Zeiten*, Múnich-Zúrich, Piper, 2001, pp. 107-124. Homero, *La Odisea*, Bilbao, Moretón, 1968, Rapsodia IX, pp. 139-149, cita textual de las pp. 144-145.

[5] Es la estrategia del «avefría», que *Oútis* aprendió hace muchos años de su maestro inmortal, Robert Graves, *La diosa blanca*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1983. No obstante, como prudente seguidora del propio Graves, no elude registrar sus aportaciones, en tanto que sirvan para una correcta atribución de responsabilidades.

Originalidad e impostura

¿Qué ocurre ahora? Pues que Barthes y sus compañeros vuelven a tener razón, al menos en parte. Existe una cosa llamada «meta-lenguajes», afín a lo que el filósofo decimonónico neo-kantiano Hans Vaihinger llamó el «*Como-Si*» (*Theorie des Als-Ob*). En determinados contextos, no hace falta *ser* «científico» o «académico», sino que lo más importante es *parecerlo*. Para eso uno procura hablar, escribir, expresarse... según lenguajes *ad hoc* que dan la impresión de corrección o que incluso son correctos. Esos son los meta-lenguajes: adaptaciones discursivas a usos convenidos para ser aceptado y reconocido por el grupo dominante como «adecuado» o «idóneo». Si uno escribe *como si* fuera correcto es posible que lo escrito llegue a parecerlo. Otro asunto es que lo sea.

En el campo científico, ¿quién dicta las normas de corrección? ¿Equivale «corrección formal» a «verdad» o adecuación epistemo-metodológica a la realidad? Por principio, la ciencia se basa en la utilización de unos lenguajes formales cuyo requisito principal es que consigan transmitir con la mayor fidelidad exigible los criterios de verdad y coherencia lógica que presiden el discurso científico, definible por informar o dar *noticias verdaderas sobre la realidad en cuanto tal*, con independencia de los opinables valores, gustos y preferencias personales del sujeto que realiza la enunciación. Todo esto está presente en los buenos libros de los buenos científicos, que, por lo demás, están al alcance de unos pocos, puesto que la generalidad de las personas carece de formación suficiente para poder entenderlos.[6]

Pero a pesar de todos los esfuerzos, la situación de la ciencia no es nada idílica. La versión más hilarante y reciente del «*como-si*» aplicado a un discurso con pretensiones de cientificidad proviene del físico y matemático Alan D. Sokal, autor del célebre artículo-parodia «Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica» (1996).[7] Si se emplean los meta-lenguajes —de la post-modernidad y otros— es fácil caer en aquello que denuncia Sokal: las imposturas intelectuales.

---

[6] Esta precisión afecta en primer lugar a la autora de estas páginas. Alan D. Sokal, «Verdad, razón, objetividad y la izquierda», «Estudios sobre ciencia: menos de lo que el ojo descubre», «El relativismo cognitivo en la filosofía de la ciencia» y «Defensa de un modesto realismo científico cognitivo» en *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*, Barcelona, Paidós, 2008, pp. 143-155, 157-197, 227-294, 295-330, respectivamente.

[7] Sokal, «Transgressing Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity» en: *Social Text*, 46/47, primavera-verano 1996, pp. 217-252. Reproducido y luego comentado con anotaciones en: *ibidem*, pp. 31-221. Accesible en Internet junto con otras muchas fuentes, documentos, debates, polémica y referencias (http://www.physics.nyu.edu/faculty/sokal/)

Aunque a veces sólo se trata de una cuestión de grado y las cosas no son tan graves. En vez de una *impostura* —engaño más o menos flagrante— se asiste a lo que podemos llamar analógicamente una *impostación*, que es lo que hacen los cantantes para darle mayor prestancia a su voz. Como que se quedan un poco «henchidos» al hacerlo y de ahí la comparación. Coloquialmente equivaldría a esa situación en la que alguien emplea el término «lumbalgia» para decirle a uno que le duele la espalda, cuando quizá por haber cargado con un mueble demasiado pesado durante la última mudanza tiene una vulgar «riñonera». Aun siendo cierto, lo de «lumbalgia» suena a más trascendental, técnico, científico...

A Sokal le indigna con razón el uso abusivo de multitud de términos y conceptos extraídos de las ciencias positivas que realizan los científicos sociales para acompañar, apoyar, justificar o actualizar sus «teorías» y revestirlas de una respetabilidad de la que, a veces, carecen por completo. Arremete en particular contra los post-modernos, que son los que quedan en mayor evidencia en su artículo-parodia.

Pero las imposturas intelectuales no son patrimonio exclusivo del post-modernismo. Es más, son una práctica común en multitud de corrientes de pensamiento, escuelas de doctrina, grupos de doctos y eruditos, centros de supuesta investigación que se presentan como «objetivos», «neutrales» e «imparciales» transmisores de un saber que incluso dicen apoyado en sesudos estudios. Basta con disponer del meta-lenguaje apropiado, junto con los presupuestos adecuados para retribuir a los «iniciados» y «partidarios», encargados de su difusión a través de un número lo más apabullante posible de publicaciones reunidas bajo la rúbrica de «cientificidad oficial» instituida. Una falsedad declarada como verdadera y repetida millones de veces *nunca será esencialmente verdadera*, pero será considerada así en términos oficiales y fácticos. Y ya Gian Battista Vico decía: «*factum est verum*». Esta condición afecta a una gran variedad de ramas del saber, que otros llaman «áreas del conocimiento». No lo dice *Oútis*, sino Sokal.

El cesto de las cerezas

Llamar a las cosas por su nombre es la opción más aceptable desde siempre. Sólo que es la más difícil. Implica que uno haya averiguado qué cosas son las relevantes y cuáles son las palabras exactas que las designan, así como la clase de relaciones que las vinculan a todas entre sí. Eso supone mucho trabajo y, sobre todo, una inteligencia y una capacidad fuera de lo corriente.Y además todo eso hay que transmitirlo a los demás.

Puede hacerse de varias maneras. Hablando lisa y llanamente se consigue que todo el mundo concernido con el asunto se entere de lo que uno quiere decir, que puede ser verdadero o falso, pero que se hará visible bien pronto. Pero también puede recurrirse al *como-si*. Ahí es más complicado detectar la impostura intelectual, que además no suele ser precisamente «intelectual» sino «ideológica». En términos «formalmente científicos» el impostor se expresará de forma «técnicamente adecuada», «metodológicamente correcta», «epistemológicamente objetiva», incluso «literariamente inspirada»... pero lo cierto es que envolverá a la realidad con un *como-si* descomunal. En general, los obsesionados en ceñirse a todo lo «políticamente correcto» suelen ser grandes impostores. No llamarán «guerra» a la «guerra» ni «hambre» al «hambre» ni «violación» a la «violación». Y además adjetivarán todo lo intolerable para hacerlo admisible y hablarán de «guerra preventiva», por ejemplo.

«Guerra preventiva»: vaya, eso sí que es entrar en materia.[8] Este libro describe y transcribe el pensamiento que varios grandes autores —adscribibles a diversas ramas del conocimiento— han concebido sobre esa parcela de la realidad en general que se conoce como *Relaciones Internacionales* o *Política Mundial*. Unos son «internacionalistas» profesionales y otros son filósofos, politólogos, sociólogos, juristas, antropólogos. Todos, sin excepción, son *grandes* y son *alguien*, cada uno en su rango y especialidad. Sus investigaciones y reflexiones pertenecen a la categoría de la «Gran Teoría» propugnada por Quentin Skinner, otro *grande*.[9]

Como *Oútis* ya ha mencionado en otros lugares, se atribuye a Heidegger[10] haber dicho que hablar de filosofía y de filósofos se parece a ir tomando cerezas de un cesto. Se tira de una y sale una sarta. Así ocurre aquí también. En muchos de sus pasajes este libro es una *glosa* articulada de pensamientos, articulados también. Para poder transcribirlos, *Oútis*, la transcriptora del pensamiento ajeno que firma este libro como «autora», ha tenido que «hacerlos suyos», esto es, asimilarlos. Ése es su concepto de «autoría»: haber dedicado un número indefinido de las horas que forman el tránsito del «sueño de su vida» que huye en «fuga irrevocable» a los «doctos libros juntos» cuya «lección en estudios» la ha mejorado (hipotéticamente, al menos), a fin de transmitir a unos conjeturales lectores el resultado de esa lección. Quevedo *dixit*.

---

[8] Luigi Ferrajoli, *Razones jurídicas del pacifismo*, Madrid, Trotta, 2004, toda la Parte I.

[9] Quentin Skinner (comp.), *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas*, Madrid, Alianza, 1988.

[10] Tanto Sokal como Bunge le consideran uno de los mayores impostores intelectuales de Occidente. Pero la metáfora de las cerezas es válida en cualquier caso.

Oútis, la autora de este libro, glosa y narra lo que ha entendido que dicen otros —autores actuales en su mayoría, grandes entre los grandes— sobre Relaciones Internacionales y Política Mundial. A base de leerlos y estudiarlos desde hace por lo menos un par de décadas ha realizado una selección de temas, asuntos, cuestiones. Sobre esos mimbres ha trenzado una narrativa, esto es, el cesto que contiene a las cerezas.

Esas honorables imposturas establecidas

Glosar y *narrar* requieren de ciertas condiciones. De eso se hizo mucho en la Edad Media, además de transcribir las obras de los clásicos en los *scriptoria*. Era normal: junto a lo verídico se colaron también errores.

Se asiste hoy a una reviviscencia no sólo literaria de lo medieval. En textos divulgativos es tratado por profanos que desconocen la paleografía y la diplomática, el latín culto y vulgar amén de las vernáculas de entonces, las mediciones con carbono 14 y la palinología, la Historia en general y, más aún, en particular... Buena parte de las novelas «históricas» que ahora se publican se reducen a «ambientar» en estilo *kitsch* y con descarada temeridad hechos pretéritos de asunto pseudo-legendario sobre tramas aventureras que podrían suceder en cualquier escenario trivial. Para colmo, un «templarismo» adyacente ha surgido como plaga comercial invasora. En el más inofensivo de los casos afecta a ciertas rutas turísticas que discurren por parajes que de repente se han convertido en reservorio de hechos paranormales.

Entre otras causas, la Orden del Temple sucumbió en 1307 y fue suprimida en 1314 porque Felipe el Hermoso de Francia anhelaba deshacerse de ella —a la vez que se apoderaba de lo que imaginaba sus fabulosos tesoros— para reafirmar su posición política de Rey Capeto frente al Papado y al Imperio. Junto a la detención de los comendadores y caballeros, las tropas reales estaban encargadas de incautarse de los depósitos de riquezas almacenadas en las fortalezas, encomiendas y granjas templarias. Por razones obvias, destacada era la Torre del Temple de París, que más tarde fue la Bastilla asaltada por los revolucionarios de 1789. A pesar de las fabulaciones, este botín —como el de la práctica totalidad de las sedes templarias— fue escaso. Entre las piezas inventariadas, rodeadas de un aura legendaria e interesada, útil para urdir la trama inculpatoria, ciertas fuentes mencionan dos bustos huecos de plata sobredorada, con figura femenina, que servían de relicario de los restos de sendas santas. Una etiqueta indicaba que se trataba de

«*Ursula et Undecimilla Vergines*». Úrsula era bien conocida y su leyenda se refleja en algunas de las realizaciones artísticas más bellas del arte cristiano. Pero, ¿quién era *Undecimilla*? La leyenda de Úrsula («Osita») narra cómo, tras una serie de vicisitudes, esta princesa cristiana de origen británico fue asaeteada por los hunos en Colonia, a orillas del Rin, junto con «once mil vírgenes»: *undecimilla vergines*, en latín. Sus restos se hallaron a partir de 1106 junto con una inscripción que indicaba su nombre, su edad y los acrósticos *XI.M.V.*, «once mártires vírgenes», cifra más realista. El despropósito se agigantó al atribuir a una de las compañeras de martirio el nombre de Undecimilla.[11]

¿Qué refleja este ejemplo que quizá algunos consideren interesante y otros prolijo? Algo tan simple como es la relativa facilidad con la que «fuentes de autoridad» supuestamente indiscutibles pueden ser erróneas, ya por ignorancia, ya por descuido, ya por una impostura intencionada e interesada. Por pura y genuinamente «impostora» «ley de Murphy» los errores tienden a instalarse.[12] En el momento en que alguien considera que ese error instalado asegura su estabilidad, pervivencia y continuidad en el puesto que ocupa... ¡ay del atrevido insolente que ose denunciar su existencia! Será calificado de «hereje», «heterodoxo» e incluso de «impostor» por los auténticos impostores.

Es bastante probable que al escribir este libro *Oútis* haya cometido errores. Pero, en vez de instalarse sobre ellos y convertirlos en su atalaya frente al mundo, *Oútis* es consciente de que no irán en contra de nadie más que de sí misma, si bien sólo en un sentido particular cuya determinación reserva para sí misma, por discreción.

Autores mayores en una obra menor

Oútis —que no es Nadie— sólo será leída en parte a través de las páginas que siguen. Sí lo serán los *grandes* cuyos nombres y referencias figuran en este libro.

---

[11] Véase Alain Demurger, *Die Templer. Aufstieg und Untergang 1120-1314*, Múnich, C. H. Beck, 1994; Malcolm Barber, *The Trial of the Templars*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978. Louis Réau, *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos*, 3 vols., Barcelona, Ediciones del Serbal, 1998, t. III, pp. 300-304. La leyenda, aparte de en la *Historia regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth (*Historia de los reyes de Britania*, Madrid, Siruela, 1984, pp. 85-86), en Santiago (Jacobo) de Vorágine, *La Leyenda Dorada*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1982, t. II, capítulo CLVIII, pp. 677-681. Una de sus más bellas representaciones está en el Hospital de San Juan de Brujas, obra de Hans Memling (1489). Enrique Jardiel Poncela se preguntaba en el irónico y escéptico título de una de sus novelas: *Pero... ¿ hubo alguna vez once mil vírgenes?* (1931). Dos ejemplares de bustos-relicario se encuentran en el Museo Catedralicio de Ávila; véase *Testigos. Libro de Imágenes,* Salamanca, Las Edades del Hombre, 2004, Sección I, «El Fuego del Espíritu» (Catálogo de la Exposición, Secretario General Antonio-Ignacio Meléndez Alonso, Santa Apostólica Iglesia Catedral de Ávila).

[12] Arthur Bloch, *La Ley de Murphy*, Madrid, Temas de Hoy, 1997: por supuesto, la «ley» de que los errores tienden a instalarse no figura en ninguna parte de este libro.

Tan grandes son que *Oútis* asiste sobrecogida a su grandeza. Dado que este libro no es ni pretende ser enciclopédico ni exhaustivo, no registra la totalidad de las obras de los autores mencionados. Incluso ni siquiera hace referencia a algunas de las principales. En el caso de Habermas, por ejemplo, aparecen algunas que en la universal producción de este autor se registran como «obras menores» (*Kleinschriften*).

El objeto que trata este libro es inmenso: el sistema mundial. En sí mismo, es una *totalidad* que, como concepto, es además *totalizador*. No es un objeto nuevo, sino que ostenta una antigüedad de la que *Oútis* no sabe si es venerable o no, pero que indica que cualquier pretensión de «ser el primero» en abordarlo es nula por principio. Sobre este objeto ha discurrido con múltiples variantes y perspectivas un amplio rango de intelectuales y pensadores a lo largo de la Historia. Existen libros y autores excelentes que dan cuenta de ello. En general, lo realizan por separado, como es lógico. Lo que se pretende en este libro es ofrecer *una visión de conjunto* (panóptica) sobre lo que, en sí mismo de nuevo, es un *conjunto*, que se denomina *sistema* por razones que se explican a lo largo de sus páginas con el apoyo de la superior capacidad de los autores que avalan la oportunidad de la elección.

Sometido a los exigentes criterios de Sokal el contenido de este libro quizá resistiría las sokalianas objeciones sólo en parte. En tal sentido, su principal virtud es la de expresar de forma manifiesta su consciencia de ello y también la de prestarse, desde la raíz, a toda revisión epistemólogica y metodológica que se le realice, en igualdad con los demás libros publicados que traten sobre el mismo asunto. Su hipotética salvación como obra escrita residirá entonces también en Sokal y en cierto episodio del Evangelio de Juan (8, 6-10) que concluye con la frase: «El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero.»[13]

Por último, la autora subraya que este libro es posiblemente útil dentro de una dorada y virtuosa medianía.[14] Sus contenidos servirán para que un número variable de estudiantes que elijan una formación más amplia y profunda en aspectos teóricos de las Relaciones Internacionales puedan acceder en una primera instancia al pensamiento de algunos de los mayores intelectuales del pasado siglo XX y lo que va de éste. Se acercarán a conceptos, ideas, reflexiones y teorías que

---

[13] Sokal considera que todas las religiones son «imposturas intelectuales», sin excepción. A la autora no le sucede tal cosa. Sin embargo, esto no le impide respetar y tratar de seguir la imprescindible labor desenmascaradora y crítica de Sokal.

[14] Juan David García Bacca, *Sobre virtudes y vicios. Tres ejercicios literario-filosóficos*, Barcelona, Anthropos, 1993, pp. 13-28 y 51-77.

podrán descubrir, si es el caso, o contemplar desde otra perspectiva, o añadir a sus propias cavilaciones y elaboraciones discursivas, en otros. También podrá resultarle apetecible este libro a aquel lector general interesado en revisar los conceptos, ideas, reflexiones y teorías sobre asuntos internacionales planteados por los grandes autores que sus páginas registran, sin necesidad de abordar inicialmente por sí mismo una lectura de sus obras. Esta tarea desmesurada, que siempre podrá realizar por su cuenta, quizá se vea ilustrada con algunos de los contenidos de este libro.

Por lo demás, esta obra no es la más idónea para completos profanos en materias como la filosofía política y jurídica, las relaciones internacionales, la politología y la sociología, o incluso la filosofía de la ciencia y la cultura. A quien carezca de conocimientos previos en estas materias tal vez le parezca complicada y abstrusa.[15] Por esa misma razón, tampoco es la indicada para especialistas de estas disciplinas, que posiblemente hallarán insuficiencias y lagunas por doquier. A todos, vaya la gratitud de *Oútis* por su tolerancia y/o indiferencia hacia una *opera minor*.

Mención especial requieren los compañeros del Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED, así como del Decanato y de la Comisión de Planes de Estudio, que examinaron críticamente la propuesta de la autora acerca de la conveniencia de una asignatura titulada «Sociología y Política del Sistema Internacional» y que dieron su aprobación a la misma. Entre todos ellos destacan los profesores Andrés de Blas Guerrero, Director del Departamento, Elisa Chuliá Rodrigo, Decana de la Facultad, Jorge Benedicto Millán y Jesús de Andrés Sanz, miembros permanentes de la Comisión. Su trabajo y su dedicación durante los últimos años y su calidad humana, profesional y académica deben quedar reflejados aquí, junto con la gratitud de la autora de este libro y, en menor medida, compañera también menor de algunas fatigas.

Este libro no habría podido ver la luz sin el concurso del Vicerrectorado de Medios Impresos y Audiovisuales de la UNED, con Irene Delgado Sotillos como Vicerrectora. Desde hace muchos años he tenido el privilegio de conocer y tratar al Personal que trabaja en este Vicerrectorado, en sus diversas Secciones y

---

[15] En cualquier caso, conviene tener a mano un tratado general de ideas políticas (tanto para refrescar conocimientos como para corregir/completar lo que se lee): Évelyne Pisier, François Châtelet, Olivier Duhamel *et allii*, *Histoire des idées politiques*, París, PUF, 2005.

Negociados. Ellas y ellos son el *alma mater* editorial de la UNED. Su profesionalidad, su eficiencia, su rigor, su amabilidad... son sólo algunas de las cualidades que los caracterizan. A todas y a todos estos queridos compañeros, gracias, de corazón.[16]

P.G.P.

[16] Este libro tiene una publicación aparte elaborada *ex professo*, en la que se ofrecen los resúmenes de sus capítulos. Además, como las demás publicaciones de utilidad docente escritas por la autora, este libro se completa con una *Guía de Estudios*, editada en soporte electrónico por la UNED, que sirve de material de apoyo a la asignatura referida *supra*, optativa semestral de Segundo Ciclo dentro del Grado en Ciencia Política y de la Administración, iniciado en el Curso 2009-2010. Por sus contenidos y carga investigadora, este libro es, asimismo, útil para Posgrado (Másteres y Doctorado) en Relaciones Internacionales.

LISTA DE FIGURAS

CAPÍTULO III

Figura 1 Adaptación propia —forma, colores y adición de conceptos— sobre el esquema de Martin Wight, *International Theory. The Three Traditions*, Londres, Leicester University Press-The Royal Institute of International Affairs, 1994, editado por Gabriele Wight y Brian Porter, .

CAPÍTULO IV

Figura 2 . Diseño propio del «Sistema Ptolemaico» y el «Sistema Copernicano» de las Relaciones Internacionales.

CAPÍTULO V

Figura 3 . Diseño propio del esquema de la sociabilidad humana según el «estoicismo medio»: «*totius complexu gentis humanae*». Esquema de «círculos concéntricos» de Cicerón. Inspirado por la lectura de Pilar Rodríguez, Gens*: una forma de agrupación antigua mal conocida*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1996. Expuesto en Paloma García Picazo, *¿Qué es esa cosa llamada Relaciones Internacionales? Tres lecciones de autodeterminación y algunas consideraciones indeterministas*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons, 2000, pp. 49-82 y 97; *Idem*, *Teoría breve de Relaciones Internacionales*; Madrid, Tecnos, 2009 (3ª edición), pp. 178-185; *Idem*, *La Idea de Europa*, Madrid, Tecnos, 2008, pp. 76-78.

CAPÍTULO VII

Figura 4 . Adaptación propia —sólo los colores— del esquema de Martin Wight: *International Theories. The Three Traditions…, op. cit.*, p. 47.

Figura 5 . Adaptación y reelaboración propias —forma, colores y conceptos añadidos— sobre el esquema de Martin Wight, *International Theories. The Three Traditions…, op. cit.*, p. 73.

Continuación

Figura 6 . Adaptación, elaboración, desarrollo y comentario propios del conjunto de las teorías de Martin Wight, *International Theories. The Three Traditions…* Esquema preparado a lo largo de 1996 para realizar una parte del Segundo Ejercicio concerniente al Concurso para la Titularidad de Universidad de Relaciones Internacionales (UNED, 24 y 25 de abril de 1997).

Figuras 7, 8, 9, 10 . Esquemas de las *Tres Tradiciones Teóricas* de Martin Wight, *International Theories. The Three Traditions….* Diseño y elaboración propios, preparados a lo largo de 1996 para realizar una parte del Segundo Ejercicio concerniente al Concurso para la Titularidad de Universidad de Relaciones Internacionales (UNED, 24 y 25 de abril de 1997).

Figura 11 . Diseño, concepción, ejecución propios de una visión de síntesis del Sistema Mundial. Paloma García Picazo, *Mente y mundo. Aproximación sistémica a las relaciones internacionales desde la cultura*, Madrid, UCM, 1992 (Tesis Doctoral, Premio Extraordinario de Doctorado en Ciencias Políticas, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM, 1992-1993), p. 726. Reelaboración 2010 (*ex professo* para este libro).

Volver pág. ant.

PARTE I

PERSPECTIVAS SOBRE EL MUNDO: UNA MIRADA GLOBAL

Capítulo 1. **Algunas claves epistemo-metodológicas para conocer el sistema mundial**

1. El mundo como ¿voluntad y representación?
   1.1. El mundo y las modalidades de su representación
   1.2. Procesos culturales y civilizatorios, estructuras sociales y progreso humano
2. El mundo como ¿objeto? y el ser humano como ¿sujeto? Algunas implicaciones socio-políticas del conocimiento
   2.1. Sujetos epistémicos y emancipación política
   2.2. Objetos de investigación e imaginación científica
   2.3. La *vuelta del sujeto* en la investigación científica
3. Representaciones simbólicas del mundo: modelos y mapas
   3.1. Perspectivas de la investigación: el cristal con que se mira
   3.2. Conjeturas y certezas: ¿qué modelos de *verdad*?
   3.3. Evoluciones y revoluciones científicas: acabar con la omnisciencia
   3.4. Algunas observaciones sobre el observador
   3.5. Mentes creadoras, mundo en creación: espejos y lenguajes
4. Lo explicado, lo implicado
   4.1. Modelos y mapas de la realidad
   4.2. Cosas pensadas
   4.3. El horizonte del conocimiento: teorías y modelos
   4.4. Modelos: ¿qué imagen y qué semejanza con lo *real*?

Capítulo II. **Un sistema mundial heterogéneo y complejo: asimetrías en el tiempo, discontinuidades en el espacio**

1. Conmensurabilidad: algunas claves científicas, filosóficas e históricas de la relación entre *lo global* y *lo local*
   1.1. Algunas claves científicas
   1.2. Algunas claves filosófico-lingüísticas
   1.3. Algunas claves históricas

Continuación

2. Formas del *tiempo*, dimensiones del *espacio*
3. Englobamientos: representaciones y visiones del sistema mundial
4. *Simplicidad* y *complejidad* frente a *simplificación* y *complicación*: el sistema mundial como modelo integrado del mundo
   4.1. Píxeles y nebulosas: imágenes de conjunto y conjuntos de imágenes
   4.2. Cualidades y límites de lo imaginario: imágenes de un mundo imaginado
   4.3. *Simplicius* en el siglo XXI

Volver pág. ant.

Capítulo I

ALGUNAS CLAVES EPISTEMO-METODOLÓGICAS PARA CONOCER EL SISTEMA MUNDIAL

Mi mente y el mundo están compuestos de los mismos elementos. Lo mismo ocurre para todas las mentes y sus respectivos mundos, a pesar de la insondable abundancia de interacciones mutuas. El mundo me es dado de una sola vez: no uno existente y otro percibido. Sujeto y objeto son una sola cosa.

Erwin Schrödinger, *Mente y materia* (1956)

Ahora que está en juego la totalidad, el investigador no puede darse por satisfecho […] con considerar al hombre como cualquier otro trozo de la naturaleza, prescindiendo de que él mismo, el investigador, también es hombre […] Por su esencia, el conocimiento filosófico del hombre es reflexión del hombre sobre sí mismo, y el hombre puede reflexionar sobre sí únicamente si la persona cognoscente, es decir, el filósofo que hace antropología, reflexiona sobre sí mismo como persona. […] No basta que coloque su yo como objeto *de conocimiento. Sólo puede conocer la* totalidad *de la persona y, por ella, la totalidad del* hombre*, si no deja fuera su* subjetividad *ni se mantiene como observador impasible. Por el contrario, tiene que tirarse a fondo en el acto de autorreflexión, para poder cerciorarse por dentro de la totalidad humana.*

Martin Buber, *¿Qué es el hombre?* (1942)

Si la raza humana no desaparece a causa de una guerra con armas nucleares, degenerará hasta ser una manada de criaturas obtusas y tontas bajo la tiranía de dictadores, que la dominarán con ayuda de máquinas y computadoras electrónicas. Esto no es ninguna profecía, sino una pesadilla.

Max Born, *Recuerdos y reflexiones de un físico* (1963)[1]

---

[1] Erwin Schrödinger, *Mente y materia*, Barcelona, Tusquets, 1990, p. 51 (Conferencias Tarner, Trinity College de Cambridge, 1956). Martin Buber, *¿Qué es el hombre?*, México, FCE, 1986, pp. 19-20, 21 (traducción de Eugenio Ímaz). Reproducido en Max y Hedwig Born, *Ciencia con consciencia en la era atómica*, Madrid, Alianza, 1971, p. 71.

TÉRMINOS CLAVE: epistemología; metodología; ciencias positivas-naturales; humanidades; verdad-realidad; revoluciones científicas; progreso; sujeto-objeto; teorías; modelos; mundo; concepciones del mundo.

Afortunadamente, no todo libro que empieza lo hace con obviedades. ¿Servirá esto de excusa para justificar las que se cuelen en éste? No debería. Lo cierto es que, a estas alturas del tercer milenio, atreverse a plantear lo que es el *mundo* puede sonar a retórica barata. Pero el mundo está ahí. Más de seis mil millones de seres humanos lo pueblan y son capaces de representarse su realidad. El *mundo mundial* de «Manolito Gafotas» está bastante más próximo a esa realidad de lo que algunos se imaginan y, quizá, intentan ignorar. Y Sherlock Holmes siempre le recomendaba al doctor Watson fijarse en los objetos situados sobre la repisa de la chimenea, porque, en general, lo más evidente suele resultar lo más difícil de ver.[2]

Las ideas, conceptos, hipótesis y teorías que se desarrollan a lo largo de las siguientes páginas —capítulos I y II— tienen, en su propia base, un carácter más metafórico que «científico». En cierta forma y abusando un poco de lo que Alan D. Sokal denuncia con tanta y tan comprensible contundencia, muchos de los términos que se emplean en estos dos primeros capítulos poseen un carácter de evocación y sugerencia más que de determinación concreta. Los márgenes epistemológicos de estas páginas no rebasan los de una introducción reflexiva que aspira a una revisión crítica de los elementos preconcebidos que a menudo presiden la dimensión autoritaria del saber institucionalizado, que nunca debería confundirse con la verdadera *auctoritas* que se funda en una ciencia verdadera.[3]

---

[2] Personaje creado por Elvira Lindo en 1987. Ya en sus primeras obras Arthur Conan Doyle centró gran parte de su interés en esa imprescindible pieza doméstica de la Inglaterra del siglo XIX: *A Study in Scarlet* (1887).

[3] Sokal, *Más allá de las imposturas intelectuales…, op. cit.*, en particular «Defensa de un modesto realismo científico cognitivo», pp. 295-330, sobre el que se volverá reiteradamente. También Hilary Putnam, *Repräsäntation und Realität*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1999. Juan David García Bacca, *Sobre realismo. Tres ejercicios literario-filosóficos,* Barcelona, Anthropos, Gobierno de Navarra, Universidad Pública de Navarra, 2001, pp. 69-78, 103-111, 124-127.

1. EL MUNDO COMO ¿VOLUNTAD Y REPRESENTACIÓN?[4]

En la representación de la realidad denominada *mundo* concurren múltiples elementos y factores, de índole individual, personal y subjetiva, unos, y de naturaleza social, colectiva y, por así decirlo, *objetivada*, otros. Además esto sucede desde la noche de los tiempos. Se inició en el propio instante en que la especie humana comenzó a ejercitarse en lo que se considera «conciencia», una función cerebral asociada al proceso del conocimiento.[5] Conocer implica poseer un cerebro desarrollado, una de cuyas manifestaciones significativas es la inteligencia. Los animales evolucionados —y los humanos lo están en un grado considerable— se desenvuelven en el mundo usando de todos los recursos de que disponen. En términos de supervivencia, la inteligencia de la especie humana ha sido su mejor garantía de éxito como tal, en concurrencia con el resto de los seres que componen eso que se denomina «mundo».

1.1. El mundo y las modalidades de su representación

Los antiguos griegos llamaron al mundo *kósmos*. Los romanos, *mundus*. El ámbito lingüístico germánico lo resume en una raíz donde están la *w*, oriunda de la digamma indoeuropea, y las consonantes líquidas *l-r* y dentales *d-t*: *World*, *Welt*, un derivado de *Wer* (varón, *vir*) y *Alt* (edad, era), esto es, la «edad del hombre». En el vasto universo cultural de la India, una denominación es *loka*, opuesta al *no-mundo* (*aloka*). En la China, el mundo representado por el globo terráqueo se denomina *qiú*. Si se piensa en términos más filosóficos la palabra es *shi*, que significa la vida humana, una época, una era, el universo, o *shi jié*, que es propiamente, el mundo-universo. Y si se alude a las «concepciones del mundo» entonces hay que decir *shi jié guân*. En el mundo islámico el vocablo empleado es de

---

[4] Juego semántico con el título de la principal obra de Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación* (*Die Welt als Wille und Vorstellung*, 1819, 2ª edición 1844), compendio de su concepción metafísica y voluntarista de la vida. Combina la filosofía occidental (Platón, Berkeley, Hume, Kant), los postulados de las Ciencias Naturales de su tiempo, los *Upanishads* védicos y las doctrinas de Buda.

[5] Lecturas sugestivas: Humberto Maturana y Francisco Varela, *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*, Madrid, Debate, 1990; Peter W. Atkins, *Cómo crear el mundo*, Barcelona, Crítica, 1995; Francis Crick, *La búsqueda científica del alma. Una revolucionaria hipótesis para el siglo XXI*, Madrid, Debate, 1994; Donald Davidson, *Mente, mundo y acción*, Barcelona, Paidós-UAB, 1992; Mario Bunge, *Mente y sociedad. Ensayos irritantes*, Madrid, Alianza, 1989; *Idem*, *Crisis y reconstrucción de la filosofía*, Barcelona, Gedisa, 2002; Anthony J. Sanford, *La mente del hombre. Modelos de la comprensión y la incomprensión humana*, Madrid, Alianza, 1990; Edgar Morin, *Ciencia con consciencia*, Barcelona, Kairós, 1984; Alan M. Turing, Hilary Putnam y Donald Davidson, *Mentes y máquinas*, Madrid, Tecnos, 1985.

origen persa: *jehan*, asociado con el «señor de todo el mundo», *shah jehan* y con el «abarcador de todo el mundo», *jehan gir.*[6]

Además de los pensadores individuales, cada cultura y cada civilización han propuesto sus respectivas concepciones del mundo. Se generalizan mediante el término alemán *Weltanschauung*, que en sentido literal significa «visión [contemplación] del mundo», que puede hibridarse en *cosmovisión*. En el fondo, se trata de una operación de orden y de organización de los conocimientos existentes en un momento y en un lugar dados, jerarquizados además con arreglo a unos valores dominantes. Foucault propone este análisis:

> Los códigos fundamentales de una cultura —los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas— fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá. En el otro extremo del pensamiento, las teorías científicas y las interpretaciones de los filósofos explican por qué existe un orden general, a qué ley general obedece, qué principio puede dar cuenta de él, por qué razón se establece este orden y no aquel otro.[7]

Se abre aquí el siempre interesante debate acerca de las relaciones entre el individuo y la sociedad. La clave se sitúa en establecer en qué medida el pensamiento y el conocimiento individuales responden a un proceso entera o mayoritariamente autónomo o están condicionados e influidos —pues decir «determinados» es aberrante— por el entorno social y cultural. En su momento, durante el siglo XIX, las tesis evolucionistas de Darwin y las deterministas de Lamarck abrieron, en éste como en otros campos, un terreno interesante para debatir. Darwin fue el claro vencedor en la contienda, si bien sus teorías no deben aplicarse sin más sobre las sociedades humanas, a riesgo de sucumbir al temible «darwinismo» social.[8]

---

[6] Una incursión por el universo lingüístico, Harald Haarman, *Weltgeschichte der Sprachen. Von der Frühzeit des Menschen bis zur Gegenwart*, Múnich, C. H .Beck, 2006. Véase texto (y Nota (6) de Faustino Oncina), de Hans-Georg Gadamer, «La diversidad de las lenguas y la comprensión del mundo» en Reinhart Koselleck e *Idem*, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 116-117. Revelador es Roger Cartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 13-44.

[7] Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, FCE, 1991, pp. 5-6 del «Prefacio». Completar con *Idem*, *Arqueología del saber*, México, FCE, 1991.

[8] Varios clásicos: Bronislaw Malinowski, *Una teoría científica de la cultura*, Madrid, Sarpe, 1984; Clyde Kluckhohn, *Antropología*, México, FCE, 1949; George Peter Murdock, *Cultura y sociedad*, México, FCE, 1987; Ralph Linton, *Estudio del hombre*, México, FCE, 1992; *Idem*, *Cultura y personalidad*, México, FCE, 1982; Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1992; Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1990; Marvin Harris, *Antropología cultural*, Madrid, Alianza, 1990. En sentido más amplio, Karl R. Popper, *El universo abierto. Un argumento a favor del indeterminismo*, Madrid, Tecnos, 1986.

En cualquier caso, ¿qué prima en la senda evolutiva de la especie humana, el medio o el individuo? ¿Puede un ser humano aislado desarrollar su potencial óptimo sólo por sí mismo? ¿O una considerable parte del mismo proviene de su contexto social y cultural? Si es así, ¿qué porción le corresponde a cada uno? Parece claro que, análogamente a como sucede con los primates superiores, la especie humana debe mucho de su éxito a su condición de animal social.[9] Pero tal condición requiere también que ciertos individuos descuellen y produzcan mejoras en las múltiples destrezas y conocimientos imprescindibles para que se produzca esa tendencia, discutible para algunos, que desde el siglo XVIII se llama «progreso». Para que éste florezca la relación individuo-sociedad ha de adoptar la forma de un «círculo virtuoso» en el que el medio social y cultural favorezca la inventiva, la curiosidad, la creatividad. Las sociedades y culturas replegadas dogmáticamente sobre sí mismas son las menos capaces de progresar, también por sí mismas. A lo sumo, emularán los logros de otras o tratarán de adquirirlos por diversos procedimientos, pero su proceso será heterónomo y eso suele significar una desventaja. A partir de ahí, lo usual es que, como sistemas cerrados, se colapsen y desaparezcan.[10]

1.2. Procesos culturales y civilizatorios, estructuras sociales y progreso humano

Los avances son los grados o escalones con que puede representarse el progreso. Su curso, ya se ha dicho, no es ni lineal, ni liso, ni fluido, ni uniforme, ni acumulativo. Por el contrario, evoluciona de forma discontinua, con paradas, interrupciones e incluso retrocesos. Estos avances tan trabajosamente logrados suelen repercutir en una mejora de las condiciones de vida del conjunto de la humanidad, pero lo cierto es que sus beneficios no se distribuyen de forma equitativa. Más bien sucede al revés, pues tienden a ser acaparados y a restringirse no ya sólo a las culturas, civilizaciones, sociedades y naciones más poderosas, sino, tanto en éstas como en las demás, a las clases y sectores más pudientes y mejor situados en ellas. Por otro lado, *avanzar* sólo significa adquirir más y mejores conocimientos y habilidades. En ningún caso implica afirmar ninguna superiori-

---

[9] Michael Carrithers, *¿Por qué los humanos tenemos culturas?*, Madrid, Alianza, 1995, esp. caps. 3 y 4 y su artículo «Why Humans Have Cultures?» en: *Man*, vol. 25, nº 2, 1990, pp. 189-206. En otro orden, Norbert Elias, *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península, 1990, pp. 2-84 y 87-111.

[10] John Bury, *La idea del progreso*, Madrid, Alianza, 1971; Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa, 1991. Karl R. Popper, *Sociedad abierta, universo abierto. Conversaciones con Frank Kreuzer*, Madrid, Tecnos, 1988.

dad ontológica de unos seres humanos sobre los demás. En sí, el valor inherente de las personas es siempre el mismo.

Como ya se ha indicado, estos progresos de las diversas sociedades que a lo largo de milenios han ido configurando la evolución de la especie humana en su conjunto no es raro que se interrumpan y que a veces incluso desemboquen en vías muertas y aun en fracasos. Para formarse una idea de su trayectoria —que además es múltiple— conviene ensayar una mirada amplia desde una perspectiva imaginaria de gran distancia, al modo propuesto por Alfred Weber, Norbert Elias, Arnold J. Toynbee, Pitirim A. Sorokin, Ludwig von Bertalanffy o Charles Tilly. A partir del enfoque de este último, proyectado sobre el conjunto del planeta, se abren estas cuestiones:

— ¿Qué procesos fundamentales a gran escala debemos distinguir para poder comprender el modo en que se ha transformado y continúa cambiando el mundo?

— ¿De qué forma se relacionan entre sí?

— ¿Con qué estructuras sociales se encuentran esos procesos?

— ¿Cómo podría ayudar a comprender las estructuras y los procesos implicados una comparación sistemática a gran escala?

Tilly plantea además un quinto interrogante, que cuestiona la validez de unos marcos intelectuales heredados de los siglos XIX y XX para analizar y comprender el presente.[11] Estas consideraciones permiten elaborar unas cuantas perspectivas interesantes para abordar la complejidad del sistema mundial. En la conjunción histórica de finales del siglo XV, en Europa y con un destino que es el resto del mundo, Tilly destaca el desarrollo del capitalismo combinado con la formación de Estados nacionales poderosos e interconectados. A partir de ahí, sus análisis de estructuras y procesos se articulan en cuatro planos históricos que incluyen comparaciones.

1. El plano *histórico mundial* equivale a definir las *cualidades particulares de una época*, encuadrada en los flujos y reflujos de la historia. En este plano las principales estructuras son los *sistemas mundiales*. Los procesos son la transformación, el contacto y la sucesión de esos sistemas mundiales. El paso de un sistema mundial a otro mostrará cómo generalizaciones del tipo «urbanización», «industrializa-

[11] Charles Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991, p. 31.

ción», «acumulación de capital», «creación de Estados» o «secularización» se rompen al pasar de un sistema mundial a otro.

2. El plano *sistémico mundial* intenta establecer las conexiones y variaciones principales dentro de grupos más extensos de *estructuras sociales interdependientes*, por ejemplo, *civilizaciones* (en el sentido en que las estudia Arnold J. Toynbee). En este plano el propio sistema es la unidad significativa. En consecuencia, su estructura la forman sus elementos o componentes, así como las grandes redes definidas por relaciones de coerción, agrupadas en organizaciones de diverso tipo, y/o intercambio, asociadas en modos de producción regionales. Los procesos relevantes son los de subordinación, producción y distribución a gran escala. Las comparaciones se fijan en las similitudes y diferencias entre las redes y procesos señalados.

3. El plano *macrohistórico* sólo se centra en ciertas grandes estructuras y procesos, explorando sus formas alternativas. En él la categoría estudiada es la Historia, tal como la abordan los historiadores. Se trata, dentro de un sistema mundial dado, de convertir a los Estados, los modos de producción regionales, las asociaciones, los ejércitos, etcétera, en categorías o unidades de análisis. Tanto los procesos —proletarización, urbanización, acumulación de capital, creación de Estados, etc.— como las comparaciones se realizan dentro de esos parámetros.

4. El plano *microhistórico* atiende al nexo entre individuos y grupos particulares con las estructuras y procesos, intentando explicar cómo son las experiencias personales. En este plano se trazan los puntos de encuentro de individuos y grupos particulares con las grandes estructuras y los procesos amplios. Las estructuras se centran en esas relaciones entre personas y grupos. Los procesos se deducen de las transformaciones de las interacciones humanas que configuran dichas relaciones. En este nivel, las comparaciones dejan de ser inmensas.

Si el mundo constituyese una única red coherente los dos primeros se fundirían en uno; si las únicas uniformidades y diferencias significativas fuesen las que identifican los propios participantes, los dos últimos desaparecerían.[12]

---

[12] Tilly, *ibidem*, pp. 82-86. Análisis ampliable en las pp. 87-96.

2. EL MUNDO COMO ¿OBJETO? Y EL SER HUMANO COMO ¿SUJETO? ALGUNAS IMPLICACIONES SOCIO-POLÍTICAS DEL CONOCIMIENTO

Con Descartes como su representante más visible, el racionalismo del siglo XVII impuso la escisión dualista de la realidad entre un *sujeto* que observa y un *objeto* que es observado. Como *sujeto* del conocimiento (*sub-iectus*, *hypo-keímenon*), el hombre se sitúa así *frente* al mundo a fin de aprehenderlo racionalmente como *objeto*. Bajo esa premisa, nada escaparía a la mirada de la razón, que emplearía un método redundantemente racional para efectuar la anatomía —un análisis principalmente disyuntivo— de la realidad, a la que descompone en sus elementos, componentes y factores. Ya como *rey de la creación*, según visiones religioso-dogmáticas, ya como *escalón superior* de la *scala naturae*, según concepciones dogmático-seculares, el hombre fue elevado con la Modernidad a *supremo sujeto del conocimiento*, *conciencia hipostasiada* o *soberano señor del mundo*.[13]

Esta concepción de la razón —que la Escuela de Fráncfort calificó de «razón totalitaria»— se instituye sobre un principio de poder y hegemonía, en el que «conocer el mundo» implica «dominar el mundo».[14] Esta visión es evidentemente mítica. Traduce la concepción de un Hombre, que, más que parte y miembro indisoluble de ellos, está *enfrentado* al Mundo y a la Naturaleza, a los que somete y manipula con determinación fáustica. Desde este extremo, la ciencia se instituye no ya sólo como conocimiento sino como técnica (*techné*).[15]

2.1. Sujetos epistémicos y emancipación política

No se trata de elaborar aquí ni una Teoría del Conocimiento ni una Epistemología de las Ciencias Sociales aplicadas al estudio del sistema mundial. Tan sólo se subrayan, con otros autores de verdadero valor intelectual que se irán revisando en lo sucesivo, tanto las insuficiencias del dualismo *sujeto-objeto* como método cognitivo, como lo que, para sintetizar el paso de la especie humana por el planeta Tierra, cabría simplificar aún más con la fórmula lapidaria «existencia de un

---

[13] Tom Sorell, *La cultura científica. Mito y realidad*, Barcelona, Península, 1993, pp. 39-58.

[14] Theodor W. Adorno, *Epistemología y ciencias sociales*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 2001, pp. 37-43.

[15] Otras referencias en mi artículo «Caminos que llevan hacia alguna parte: sobre el método en las Relaciones Internacionales» en: *Empiria*, nº 8, 2004, pp. 111-137. El proceso histórico de la técnica, Lewis Mumford, *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza, 1994.

sujeto depredador (hombre) sobre un objeto depredado (mundo)». Referido todo ello al sistema mundial, admitir los supuestos anteriores implica constatar unas consecuencias para la *vida* sobre el ecumene global —no sólo la humana, sino la vida en su conjunto— que han sido, son y serán devastadoras.[16] Y, por si esto no bastara, a ello habría que agregar una virtual e inopinada ampliación del sistema mundial mediante proyectos que extienden la «colonización» humana al sistema solar. En tal caso, ya no bastaría con exclamar «¡Pobre Tierra!». Habría que añadir: «¡Pobre Luna! ¡Pobre Marte!»

El dualismo *sujeto-objeto* incorpora una postura predatoria y manipuladora, además de simplista. Frente a ello, una parte esencial del proceso de la ciencia contemporánea consiste en integrar conocimientos y avanzar hacia una unificación de las principales teorías científicas. El propósito sería configurar una visión del mundo coherente con el grado actual del saber. Esto exige un enorme esfuerzo. No sólo se precisan unos grados superiores de conocimiento en diversas ramas y especialidades científicas, siquiera en sus fundamentos, sino que es necesaria una mente amplia, abierta a la singularidad de lo específicamente humano.[17]

Este *humanismo científico* ha sido y es practicado por un significativo número de los más eminentes pensadores contemporáneos. Ellos son los más conscientes de la responsabilidad que representa el propio proceso de un saber que, pronto o tarde, asegura un poder creciente y una mayor capacidad de intervenir sobre el mundo natural. Pero, ¿hasta qué punto estas mentes eminentes llegan a influir en el gobierno de los asuntos mundiales? Aun sin postular la propuesta platónica de imponer un gobierno de sabios, lo cierto es que el influjo de los científicos sobre los temas más decisivos de la política mundial es limitado. Es posible considerar también que tampoco sean los más idóneos para ejercer tal función, cuando su prioridad es la investigación científica. Más allá de lo especulativo, Aristóteles ya realizó en su momento una clara indicación a este respecto, señalando a la *acción* como una clave de la política. Pero, incluso si se admite esto último, ¿qué clase de capacidades y capacitaciones de orden práctico exhibe la parte más visible de los gobernantes mundiales para desarrollar su oficio? Cuando menos, es llamativo ver con cuánta frecuencia las trayectorias vitales y profesionales de tantos de

---

[16] Werner Heisenberg, *La imagen de la Naturaleza en la Física actual*, Barcelona, Orbis, 1985, pp. 7-28, el capítulo del mismo título.

[17] John Gribbin, *El Punto Omega*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 10 y 11 recuerda a Teilhard de Chardin y su «noosfera»: el universo es el escenario de una progresiva evolución espiritual de la conciencia a través de la humanidad que se dirige hacia un indeterminado estado final, el «punto Omega», en el que todo se funde y consume íntegramente en sí mismo; Pierre Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*, Barcelona, Orbis, 1985, y *El medio divino*, Madrid, Alianza, 1981.

los que ejercen poderes reales de decisión en el mundo obedecen a los impulsos del campo más primitivo del cerebro, esto es, el que concierne a la agresividad, la territorialidad, la depredación, la explotación y el dominio, herencia biológica de la fase en la que los saurios dominaban la Tierra. ¿Qué cabe esperar de unos gobernantes mundiales, dotados de enormes poderes y con influencia sobre las vidas de miles de millones de seres humanos, con tan pobre desarrollo de una conciencia intelectual, ética y moral?[18]

A pesar de los notables avances en la denominada *sociedad del conocimiento* —o de la *información*[19]— un relativo número de gobernantes y gobernados de todo el mundo tiene escasas posibilidades de conocer realmente las condiciones del mundo en el que vive. En algunos casos esta ignorancia puede deberse a falta de interés. En otros, a una imposibilidad material, debida a la falta de medios y educación, prejuicios, incultura... achacables a las condiciones de los países en que viven, pero también a otra clase de incapacidad intelectual y moral, expresada en forma de cinismo, prejuicios e incultura de nuevo. Pero lo cierto es que parcelas decisivas de la política mundial, que afectan a miles de millones de seres humanos, parecen dejadas en manos de unos improvisados gestores de ingentes recursos, que son elegidos democráticamente en el mejor y no en el más frecuente de los casos, de los que se intenta hacer ver que obran a partir de «elecciones racionales» que encubren sus verdaderas pasiones y, lo que es peor, que ni se sienten responsables ni son responsabilizados por el mal estado de los asuntos a su cargo.

¿Cómo podría lograrse que estos dirigentes y sus equipos de asesores fuesen más conscientes de lo que representa la investigación científica en estado puro? ¿Serían capaces de asimilar conocimientos mínimamente suficientes basados en los parámetros *reales* en los que se desenvuelve la vida —humana y no humana— en el cosmos para *informar* sus decisiones de manera más consciente y responsable? Una mayoría de ellos parece ignorar que la Tierra es sólo uno de los planetas que configuran el sistema solar, centrado a su vez sobre una estrella ordinaria amarilla de tamaño medio, situada cerca del borde interno de un brazo de una galaxia espiral llamada la Vía Láctea. Y que ésta es sólo una de los centenares de miles de millones de las que son observables con los telescopios actuales...

---

[18] Antonio Truyol y Serra, «Ética y Sociedad Internacional» en: *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, año XLVIII, nº 73, 1995-1996, pp. 89-101.

[19] Mario Bunge, *Filosofía y sociedad*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 96-113.

Esta descomunal perspectiva, que alguno incluso tendrá por descabellada, sirve para *ajustar las coordenadas del ser humano de hoy a sus condiciones existenciales reales*, al menos, hasta donde la ciencia actual es capaz de decirlo. Implica que los problemas de gobierno y gestión a escala planetaria —subdividida luego en tantos gradientes menores como sean necesarios— adquieran determinaciones diferentes. No basta con enunciar que un problema es *global* y que las soluciones para tratar de resolverlo también lo son. Es preciso formarse una conciencia clara de lo que esto significa y de las responsabilidades que comporta.[20]

2.2. Objetos de investigación e imaginación científica

En uno de sus libros divulgativos, dice Stephen Hawking:

> Vivimos en un universo extraño y maravilloso. Se necesita una extraordinaria imaginación para apreciar su edad, tamaño, violencia, e incluso su belleza. Podría parecer que el lugar que ocupamos los humanos en este vasto cosmos es insignificante; quizá por ello tratamos de encontrarle un sentido y de ver cómo encajamos en él.[21]

Sólo con este par de frases introductorias ya es posible extraer varias claves valiosas.

1. Una es «extraordinaria imaginación». Se trata de un factor imprescindible para el progreso humano, que, sin embago, a veces suscita el mayor rechazo social, sin excluir de ello a la comunidad científica «instalada» (fundamentalismo científico, Hans Albers). Se suele confundir además con «fantasía».

2. Otra es «el lugar que ocupamos los humanos es insignificante», precedida de «podría parecer». Aquí el «tamaño» no importa, sino el significado. Según el «principio antrópico» del propio Hawking, el significado de la existencia humana se «justifica» precisamente —y entre otras cosas— por la dimensión de la «consciencia», esto es, la «mente» capaz de conocer y reflexionar sobre sí misma y sobre el mundo circundante. Dice Hawking: «una flecha termodinámica clara es necesaria para que la inteligencia funcione».

---

[20] A pesar de Sokal, destaco aquí la Carta Encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, Madrid, San Pablo, 2009, precedida de la *Populorum Progressio* de Pablo VI, en: Jesús Iribarren y José Luis Gutiérrez García (eds.), *Nueve grandes mensajes*, Madrid, BAC, 1986. Si bien con insuperables reticencias intelectuales de fondo, Sokal concede a un sector del cristianismo el beneficio de haber realizado un «*aggiornamento*» y la cualidad de defender los Derechos Humanos, la paz y el desarrollo, *op. cit.*, 437,470-475,532-534,557-563.

[21] Stephen Hawking y Leonard Mlodinow, *Brevísima historia del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2006, cita textual de la p. 3; como introducción véanse en particular las primeras 89 pp.

3. Por último, el corolario de la anterior concluye en que «tratamos de encontrarle sentido y ver cómo encajamos en él». El ser humano no sólo observa y aprende sino que interpreta y valora, lo que induce a pensar que la consciencia sea también conciencia, como elemento de responsabilidad, que, de forma quizá voluntarista, cabría adjetivar como ética y/o moral.[22]

Sólo que esa ética y esa moral no deben responder a criterios supersticiosos, convencionales o dogmáticos, sino a los postulados de un conocimiento libre y responsable en el que no quede excluida la noción de un *bien* que supere las determinaciones de lo *correcto*, entendido como lo social, convencional y políticamente admitido (o impuesto). Uno de los aspectos más llamativos de la actual política mundial es la discordancia, o incluso la enorme brecha existente, entre el estado de los conocimientos científicos y los atrasados parámetros que rigen la gran mayoría de las normas y procedimientos de gobierno en gran parte de las sociedades, naciones y Estados que componen el sistema mundial. Es como si la ciencia avanzara por derroteros ajenos a los de la política, la economía o la sociedad, cuando éstas son, además y en su propia base, objetos científicamente abordables.

2.3. La *vuelta del sujeto* en la investigación científica

Pasado más de un siglo desde los inicios de la gran revolución científica de principios del siglo XX, y en términos de un adecuado conocimiento del mundo presente, un objetivo que sigue presente es *la correcta definición del sujeto epistémico frente a la realidad que investiga*. Como juego semántico cabría hablar de una «vuelta del sujeto» que implica a un sujeto «envuelto». Esto, que en las Ciencias Positivas o Naturales representa una condición imperativa para determinar la validez de la investigación, no es tan evidente en las Ciencias Humanas y Sociales. Su relevancia es mayor en tanto que señala algunas de las discrepancias apuntadas antes. En 1937, Louis de Broglie, ya decía, por ejemplo:

> El desarrollo de la Mecánica ondulatoria ha obligado a los físicos a ampliar cada vez más sus concepciones. En esta nueva doctrina, las leyes de la naturaleza no tienen ya un carácter tan estricto como en la Física clásica; no se da ya un determinismo riguroso de

[22] Adjetivaciones y excursos son obviamente de la autora: sería ilícito «hacerle» decir a Hawking lo que no dice. Completar en Stephen Hawking, *Historia del tiempo*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 199, p. 167; *Idem*, *El universo en una cáscara de nuez*, Barcelona, Crítica, 2004, «principio antrópico» en pp. 85,86,97,98,181,196.

> los fenómenos, sino simplemente leyes de probabilidad. [...] Las nociones mismas de causalidad e individualidad han tenido que ser sometidas a nuevo examen, y de esta considerable crisis de los principios directivos de nuestras concepciones físicas habrán de salir sin duda consecuencias filosóficas de que todavía no nos hemos dado completa cuenta.[23]

Sin pretender ahora ninguna traslación literal del universo científico-positivo a la epistemo-metodología de las Ciencias Humanas y Sociales, lo único que se subraya es la imprescriptible obligación de preguntarse por el propio proceso del *conocer*, común a toda actividad cognoscitiva. De ahí el interés por la radical transformación de las concepciones de *sujeto* y *objeto* en cualquier campo del conocimiento. De un dualismo más o menos estricto se ha pasado a una concepción en la que individuo y mundo forman un todo integrado (*hólos*).

Dicho burdamente, si antaño el *sujeto* se erigía *frente al objeto* como agente e instancia absoluta —sobre la base tanto del dualismo cartesiano como del aprioriismo kantiano, por ejemplo— a partir de los descubrimientos de la Física del siglo XX —Teoría de la Relatividad y Mecánica Cuántica, en particular— ese estatuto ha variado de forma sustancial. Las consecuencias afectan a la relación entre la mente y el mundo, o el hombre consciente y la naturaleza —o cosmos o *physis*— de la que forma parte.

Esta parte individual no se disuelve y desintegra en el todo, sino que constituye precisamente su con-sciencia, lo que revalida, bajo una aparente paradoja, la función del conocimiento y también de la mente cognoscente. El propio Schrödinger —que en esto rebate en parte a Heisenberg y Bohr— lo resume diciendo que no es posible realizar «afirmación factual alguna sobre un determinado objeto natural (o sistema físico) sin «entrar en contacto» con él», siendo este contacto una «interacción física real». Incluso una acción tan aparentemente pasiva e inane como *mirar* supone que el objeto reciba rayos luminosos que se reflejan en el ojo o en cualquier instrumento de observación. El objeto queda así «alterado» e «intervenido» por la observación. Y además esta alteración no es del todo irrelevante ni completamente indetectable: «nunca observamos un objeto sin que éste se modifique o se impregne de nuestra propia actividad de observación». Y sobre todo que, más allá de controversias, lo esencial es que esa *interacción* entre sujeto y objeto es siempre *recíproca*, lo que Schrödinger sostiene de forma tajante. Así, la

---

[23] Louis de Broglie, *Matière et Lumière*, París, Albin Michel, 1937, reproducido en Heisenberg, *La imagen de la Naturaleza..., op. cit.*, p. 152.